

Eduardo Kingman Garcés y Blanca Muratorio

# Los trajines callejeros

## Memoria y vida cotidiana

### Quito, siglos XIX-XX



Instituto Metropolitano de  
**Patrimonio**

**MVSEOCIVIDAD** | Fundación  
**Museos**  
de la Ciudad

---

Kingman Garcés, Eduardo

Los trajes callejeros : memoria y vida cotidiana : Quito, siglos XIX-XX / Eduardo Kingman Garcés y Blanca Muratorio. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : Instituto Metropolitano de Patrimonio : Fundación Museos de la Ciudad, 2014

244 p. : fotografías

ISBN: 978-9978-67-414-7

QUITO ; CAMBIO CULTURAL ; ANTROPOLOGÍA CULTURAL Y SOCIAL ; HISTORIA ; ETNOGRAFÍA ; CULTURA POPULAR ; ARTE POPULAR ; CIUDADES ; ECUADOR

986.613 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**Instituto Metropolitano De Patrimonio**

Venezuela N5-10 y Chile

Edificio Pérez Pallares

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 3996300

[impatrimonio@quito.gob.ec](mailto:impatrimonio@quito.gob.ec)

[www.patrimonio.quito.gob.ec](http://www.patrimonio.quito.gob.ec)

**Fundación Museos de la Ciudad**

García Moreno y Rocafuerte

Edificio Museo de la Ciudad

Quito-Ecuador

Tel.: (593-2) 2953643

[www.fundacionmuseosquito.gob.ec](http://www.fundacionmuseosquito.gob.ec)

[comunicacion.fmc@fmcquito.gob.ec](mailto:comunicacion.fmc@fmcquito.gob.ec)

ISBN: 978-9978-67-414-7

Cuidado de la edición: Santiago Larrea

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: Ediecuatorial C.A.

Quito, Ecuador, 2014

1ª. edición: abril de 2014

# Índice

<b>Presentación</b> .....	7
<b>Introducción</b> .....	9
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
<b>Oficios y trajines callejeros</b> .....	27
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
<b>Vidas de la Calle</b>	
<b>Memorias alternativas:</b>	
<b>las cajoneras de los portales</b> .....	113
<i>Blanca Muratorio</i>	
<b>Etnografía e historia visual de una etnicidad emergente:</b>	
<b>el caso de las pinturas de Tigua</b> .....	149
<i>Blanca Muratorio</i>	
<b>Materiales de la memoria:</b>	
<b>el gremio de albañiles de Quito</b> .....	183
<i>Eduardo Kingman Garcés</i>	
<b>Historia y memorias sociales:</b>	
<b>un coleccionista de presencias y evocaciones populares</b> .....	213
<i>Blanca Muratorio</i>	

# Vidas de la Calle

## Memorias alternativas: las cajoneras de los portales\*

Blanca Muratorio  
con la colaboración de Erika Bedón

“Respeto por el valor e importancia de los individuos es una de las lecciones éticas más inmediatas de la experiencia de trabajo de campo en historia oral. No son sólo los santos, los héroes, los tiranos —o las víctimas, los pecadores, los artistas los que tienen una resonancia única. Cada persona está en la encrucijada de muchas historias potenciales, de posibilidades imaginadas pero no cumplidas, de peligros esquivados y apenas evitados”.

(Portelli: 1997)

Este ensayo sobre las cajoneras de los portales es parte de un proyecto más amplio de biografías visuales que tratan de dejar un registro histórico y etnográfico de las voces e imágenes de mujeres de la calle en el debate por la modernidad y el proceso cultural en el Centro Histórico de Quito.

Intento aquí una aproximación a este tema desde varias perspectivas. Primero la que he seguido en trabajos anteriores, que han dado relieve prioritario a las vidas y a las voces individuales para entender las sutilezas y la profundidad histórica de un proceso social y cultural determinado. Segundo,

---

\* Agradezco a Rocío Pazmiño por su valiosa colaboración en esta investigación histórica y etnográfica. También agradezco a Eduardo Kingman y Ana María Goetschel por compartir conmigo sus vastos conocimientos de historia social de Quito. También quiero agradecer especialmente a Erika Bedón por su colaboración en la edición de este trabajo, que fue originalmente presentado en una conferencia en FLACSO Ecuador, en 2008. Cualquier error en la presentación o interpretación de los datos es totalmente de mi responsabilidad.

un enfoque analítico, todavía experimental, que a través de la representación visual intenta evocar las otras experiencias sensoriales del olor, el gusto, el tacto, y el sonido. Con mayor o menor intensidad, estos sentidos, junto con la visión, forman parte integral de la experiencia y agencia individual y cultural, y son repositorios de conocimiento y evocadores de memorias (Pink 2004: 41-42, Seremetakis, 1994). Por último, una aproximación antropológica a la cultura material, y a los espacios donde se produce y consume, que los sitúa en un contexto complejo y cambiante de relaciones sociales de clase, jerarquía y poder.

Fotografía 1  
Muñeca de trapo



Foto Blanca Muratorio.

Las personas organizan sus vidas creando e interactuando con el mundo material y este constituye, así, un marco de experiencia e identidad personal y social. Ciertos objetos forman parte integral de narrativas de identidad que son conformadas y reconfiguradas de memorias de una vida vivida. Los dominios privados o públicos de la vida cotidiana, como el hogar o el lugar de trabajo, pueden ser vistos como espacios donde los seres humanos tienen la posibilidad de construir, articular y desplegar un 'ser de género' que, como demuestra Sarah Pink (2004) en un estudio reciente, se hace en negociación con los ambientes sociales, culturales y materiales en los cuales a cada individuo le toca vivir. Estas experiencias están también históricamente condicionadas y son frecuentemente expresadas con metáforas lingüísticas que manifiestan emociones y evocan memorias referentes a todos los sentidos.<sup>1</sup> Las narrativas de identidad que voy a presentar aquí son las de las cajoneras o 'buhoneras' de los portales del Centro Histórico de Quito.<sup>2</sup>

En el presente sólo quedan dos mujeres en el portal del Colegio Sagrados Corazones, mejor conocido como el Portal de Santo Domingo. Pero muchas de sus predecesoras, desde el siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, ocuparon y lucharon por situarse en otros portales aún más estratégicos, como el del Palacio Arzobispal, el de Salinas en los bajos del viejo Municipio y otros en la Plaza Grande. Son precisamente las voces de estas cajoneras las que quiero rescatar de los documentos históricos y de las memorias, para entender por qué, en el presente, las mujeres que todavía perseveran siguen afirmando, dignamente, el derecho a desplegar sus cajones en el espacio público de Santo Domingo.

- 1 Por ejemplo, en una reciente experiencia etnográfica, en la Plaza Grande, con un grupo de jubilados, María Augusta Espín (en Kingman 2008) cita una serie de refranes que estas personas recuerdan sobre la importancia del pan en la vida diaria. En estos dichos populares es obvio el uso de metáforas que evocan todos los sentidos y diversas emociones: el olor del pan fresco, la dureza del pan viejo, el color blanco del pan casero, en refranes como "A buena hambre no hay pan duro", "quien quiera más blanca la hogaza que amase en su casa"; "pan caliente, hambre mete".
- 2 En un trabajo pionero con un enfoque histórico y estético hacia los objetos populares en el ámbito urbano, Pablo Barriga y Rocío Rueda (1997) presentan un estudio de las cajoneras y otros personajes callejeros del Centro Histórico. Mi presente ensayo, quiere en parte, retomar ese enfoque poniendo el énfasis en las voces de las mujeres y en el significado social de esa cultura material en sus vidas.

Fotografía 2  
Cajoneras Portal de Santo Domingo



Foto: Erika Bedón (Quito) 2010.

A través del tiempo, todas ellas han sobrevivido varios procesos de modernización urbana, incluyendo las más recientes políticas de intervención económica y de 'reactivación' cultural en el Centro Histórico, en parte dirigidas a reglamentar lo que se supone es un incontrovertible consenso sobre el 'patrimonio cultural auténtico' como símbolo identitario. La incursión de la globalización, es el desafío que el comercio de las cajoneras está afrontando en la actualidad.

Sin embargo, a diferencia de las cajoneras, otras mujeres y hombres que vendían sus productos y desplegaban sus coloridas imágenes y texturas, los

olores de los inciensos y las fritadas, los sonidos de sus charlas y pregones y los gustos de sus comidas en las calles y plazas del Centro Histórico, durante el año 2003, fueron excluidos o confinados al olvido de los 'no-lugares', tales como los antiguos baños públicos debajo de San Francisco o los 'centros comerciales populares'. Esta exclusión es similar a la que las cajoneras de los portales se vieron obligadas a enfrentar a lo largo de su historia, y una de las razones por las cuales nos interesa presentarlas aquí. Tal vez la trama de sus historias nos ayude a entender el debate económico y cultural todavía vigente entre los comerciantes informales populares y las cambiantes políticas de la cultura<sup>3</sup>. No es una nostalgia sentimental la que motivó nuestro interés por las cajoneras, sino el encanto estético e intelectual por el arte y la cultura popular y el respeto por sus agentes, quienes están siendo, cada vez más, desplazados del espacio urbano y reemplazados por la reinención del pasado y la disneyficación de la cultura.

En recientes discusiones sobre el patrimonio, tanto Salgado (2008) como Kingman (2008) han señalado que las políticas actuales de patrimonio tratan de imponer, en el Centro Histórico, una cultura unidimensional del espectáculo 'histórico', 'religioso' o 'de tradiciones ancestrales' en escenarios controlados cada vez más por las burocracias de la cultura<sup>4</sup>. Cuando se trata de imponer así una memoria e identidad, desde una concepción esencialista de 'lo culto', necesariamente se dejan de lado otras memorias populares alternativas. Con este ensayo sobre las cajoneras intento con-

3 Por ejemplo, ver el artículo "Quito, 5 años sin comerciantes en las calles" donde se afirma que "preocupa [a las autoridades de Quito] la posibilidad de que los comerciantes informales vuelvan a ocupar las calles de Quito y de otras ciudades del país." (*Al Día*. Periódico Urbano, 20 Mayo, 2008). Ver también "Los informales protestan en las calles del centro de Guayaquil" (*El Comercio*, 22 de Mayo, 2008).

4 Por ejemplo, en el año 2002, en la ceremonia de celebración del Domingo de Ramos con misa, palmas y burrito en la Plaza de San Francisco, irrumpió de improviso un conocido Ballet Folklórico contratado, erróneamente presentando un grupo de personajes vestidos de penitentes del Viernes Santo. Irónicamente, la explicación que el director del conjunto dio de esa interrupción a un acontecimiento tradicional de la cultura religiosa popular en Quito, fue que la intención era 'preservar la cultura'. El sacerdote que oficiaba la ceremonia interrumpió la misa y les pidió que se retirasen. Esta fue una interesante experiencia etnográfica de un intento oficial de convertir las manifestaciones populares urbanas en mercancía y a sus agentes en meros espectadores (notas de campo de la autora, 2002). Más irónicamente aún, a este mismo Ballet le fue otorgado un premio oficial por 'preservar el Patrimonio de la Nación' (comunicación personal de una asistente al acto, 2010).

tribuir a ese proyecto etnográfico e histórico, que otros colegas ya han comenzado, para documentar esas memorias alternativas, sean estas de los albañiles, de los panaderos, Kingman (2009) de las vendedoras de santos, velas y herraduras de la suerte, o de las cajoneras de los portales que venden los betunes, cintillos de terciopelo azul, fajas multicolores, collares, peinillas, cascabeles, trompos y muñecas de trapo. Son precisamente las muñecas de trapo las que constituirán el hilo conductor de los discursos de clase y las memorias de identidad que paso a analizar a continuación.

Fotografía 3  
El poder de cuatro muñecas de trapo



Foto Blanca Muratorio.

Como ya dije, desde que hay antecedentes históricos de su presencia en el Centro Histórico, en el siglo XIX, las cajoneras se ubicaban principalmente en los portales de las plazas principales, lugares de gran confluencia de público y centro en esa época de las prácticas sociales, económicas y culturales de la aristocracia que se autodefinía como ‘gente decente’, así como del ir y venir de todos los otros grupos sociales que de una manera u otra conducían allí sus asuntos cotidianos.

Fotografía 4  
Cajoneras en Santo Domingo hacia 1910



Archivo Visual del Banco Central.

La densificación y el desarrollo urbano que se producen en Quito en las últimas décadas del siglo XIX, traen aparejado el incremento importante de las actividades comerciales y nuevas disputas sobre la ocupación del espacio. Si bien el sector aristocrático ya gozaba de sus rentas agrarias y de su participación en las altas finanzas, aprovechaba las nuevas oportunidades económicas con el arriendo de los bajos de sus viviendas principales, en la zona del centro, para el establecimiento de pequeños almacenes, negocios o talleres (Kingman 2006:192-193). Por su parte, este nuevo estrato social de comerciantes urbanos en ascenso se ve motivado a compartir con la aristocracia los mismos valores hacia la propiedad y hacia la ‘exclusividad’ moral y estética del uso del espacio público en su esfuerzo por alcanzar, no sólo su prosperidad económica, sino también el más elusivo capital cultural de ‘la decencia’.

En 1902, por ejemplo, el comerciante César Mantilla solicita desalojar a una cajonera de la primera tienda del portal Salinas, con el siguiente argumento: “deseo que la Municipalidad me la ceda para arrendarla, con el objeto de *levantarla a mejor decencia y prestigio*, por el fin especial a que

quiero destinarla, adornándola convenientemente para un establecimiento mercantil de venta de libros, útiles de escritorio y agencia de periódicos importantes”. Convencido de “el carácter civilizador y miras levantadas de los jóvenes que actualmente componen el Municipio”, el señor Mantilla no duda que aceptarán su propuesta “extirpando así con mi nueva empresa la venta de baratijas o cajonerías que no tienen ninguna importancia ni decencia apropiadas a la localidad de esa tienda” (*Copiadores de actas 1883-1884*) (Cursivas de la autora).

Es en contra de estos dos estratos sociales de la aristocracia y los comerciantes urbanos, que las cajonerías deberán luchar por sus derechos a ocupar los portales para sus ventas. Los argumentos en este debate entre el gran capital y sus acólitos y el pequeño comercio informal revelan, con la fresca transparencia del discurso prevaleciente en esa época histórica, las diferencias más profundas entre los valores sociales, políticos y culturales de los patricios y la burguesía por un lado y de las clases populares por otro.

Fotografía 5  
Dueño de almacén de zapatos, Quito 1900



Hoffenberg, en *Nineteenth-Century South America in Photographs*, New York, 1982.

A través del examen de una serie de documentos del Archivo Histórico Municipal de 1883 a 1909 y de algunas imágenes relevantes, nos proponemos recuperar, en lo posible, las voces y la presencia de los sujetos sociales en conflicto, como un precedente para entender los intereses que están por detrás de los recientes y futuros debates por la ocupación material y social del espacio urbano y de la jerarquización de las memorias históricas.

### Las voces de la élite

Fotografía 6  
La élite en la Calle García Moreno, circa 1900



Hoffenberg, en *Nineteenth-Century South America in Photographs*, New York, 1982.



En una sesión del Concejo Municipal, en 1883, se decide rechazar el proyecto relativo a prohibir la colocación de cajones en los portales públicos, obviamente a pesar del fervor del vicepresidente de dicho Concejo, quien presenta los argumentos para prohibirlos ‘a favor del bien público’ y de ‘las muchas personas respetables’ que piden la reforma en bien del ‘aseo’, ‘el ornato’, ‘la salubridad’ y ‘la moral pública’. Según los denunciantes, las cajoneras ‘ensucian y afean’ los jardines, andenes y portales en el centro de la ciudad e impiden el tránsito de los que usan ese ‘foro’ para tratar ‘asuntos importantes’. Aquí es necesario recordar que en Quito, en esa época, sólo los hombres de cierta clase social eran considerados suficientemente ‘importantes’ para tratar asuntos igualmente ‘importantes’ en público (Copiadores de Actas 1883-1884). En resumen, la costumbre de permitir la existencia de ‘semejantes buhoneras’ pugna con el poder de la cultura patriarcal y erosiona la supuesta ‘civilización de la época’ (Copiadores de Actas 1883-1884). Por lo tanto, el señor vicepresidente pone en duda que algún otro interés de importancia pueda impedir la abolición de sus puestos de trabajo.

Negar el progreso de la República que se ganó al ‘sacudir’ el ‘muy antiguo yugo del Rey’, es –de acuerdo al señor vicepresidente– no ver que la Banca, el gran comercio, y la industria del país están estrechamente ‘vinculadas’ a las instituciones políticas y sociales ‘de provecho’: y reitera, todo este edificio social, económico y político está puesto en peligro por “*cuatro muñecas de trapo y otras baratijas de la laya*” (Copiadores de Actas 1883-1884, subrayado de la autora). A pesar del comentario despectivo del señor vicepresidente, es interesante resaltar el hecho de que ‘cuatro muñecas de trapo’ pudieran tener el poder de amenazar, nada menos, que ¡a todo el comercio de la República!

Pero el poder de estas ‘cuatro muñecas de trapo’ parece también hacer tambalear otro importante pilar de la estabilidad de clases existente. De acuerdo al vicepresidente, las cajoneras y sus ‘baratijas’ dan escándalo y ‘corrompen a los domésticos de las casas contiguas a sus puestos públicos’. Considerando que la servidumbre que habitaba en esas casas formaba una parte considerable de las familias patriarcales de las clases acomodadas (Kingman, 1992: 134), el temor de ‘los señores’ podía no ser

totalmente injustificado. Aunque por supuesto no existe evidencia de sus conversaciones, podemos imaginar qué ideas de movilidad social, u otras posibles libertades, las buhoneras podían haber ‘instigado’ en aquellos otros miembros de las clases populares, cuyo trabajo doméstico consistía precisamente en crear y mantener la cultura material que hacía posible la ‘respetabilidad’, ‘el ornato’, ‘el aseo’, y la misma ‘cultura y civilización’ de las así designadas ‘personas respetables’ por el señor vicepresidente. Específicamente, es relevante citar aquí un documento de 1902, donde se aboga por el derecho a su cajón de “la Jaramillo”, “madre de seis hijos y que a fuerza de trabajo se ha elevado de la condición de criada ‘reivindicándose a ser buhonera’”. Más aún, tres años antes, ‘la Jaramillo’, junto con su colega Toribia Velasco, presentándose como la voz del pueblo, ya habían hecho oír su protesta contra las políticas que favorecían a las élites (Copiadora de Actas, 1902: 523).

### Las voces del pueblo

En 1899 estas dos cajoneras, orgullosas miembros de esa clase “más honrada y laboriosa”, están todavía luchando contra los enemigos de “la parte menesterosa de la sociedad” quienes, “por complacer con ciertos capitales” quieren despojarlas del derecho “inmemorial” de ocupar con sus cajones los portales de la plaza de la Independencia “so pretexto de mejoramiento y progreso” (Oficios y Solicitudes, 1899 mayo 17: 86, 87,88). Mientras que los miembros de la élite invocaban a la república, en nombre del modernismo y del progreso del capital en contra del absolutismo real, las cajoneras afirmaban su derecho al espacio simbólico de la plaza de la Independencia como “legítima compensación de los servicios prestados por (nuestros) esposos é hijos, para el sostenimiento del orden público, y de la sangre derramada en los campos de batalla, para la defensa de las instituciones republicanas” (Oficios y Solicitudes, 1899 mayo 17: 86, 87,88).

No sólo hay, entre la élite y las clases populares, profundas diferencias sobre los fundamentos del sistema republicano, sino también distintas

concepciones sobre lo que constituye el ‘orden público’ y la estética del ‘ornato’ urbano. Como ya vimos, en 1883, el vicepresidente del Concejo Municipal y la élite que él representaba, opinaban que los cajones ‘ensuciaban’ y ‘afeaban’ el espacio público, y atentaban contra la cultura y la civilización. Por el contrario, quince años más tarde, la representante de las cajoneras argumenta que “lejos de impresionar a la vista [los cajones y sus rentas de mercaderías] presentan un conjunto simpático de objetos variados graciosa y singularmente distribuidos” (Copiadora de Actas, 1898-1899: N° 585). Por último, mientras los miembros de la élite acusaban a las cajoneras de aferrarse a la tradición y así impedir el cambio social y el progreso del capital, estas últimas demostraban, por su parte, una actitud flexible y realista hacia el necesario cambio urbano al declarar: “y si para consultar las exigencias del verdadero progreso es necesaria alguna reforma compatible con nuestra situación, ofrecemos introducirla previa orden del mismo Concejo” (Oficios y Solicitudes 1898-1899 mayo 17: 88). Este conflicto de intereses entre los dos sectores sociales continuó casi ininterrumpido con idénticos argumentos de ambos lados, durante todo el siglo XX<sup>5</sup>. Recién, en 1992, parece haber evidencia de que las cajoneras han sido clasificadas como “vendedoras estables y permanentes” en el portal de Santo Domingo (Barriga y Rueda 1997: 21-26).

En la actualidad, la ingenuidad y claridad de los discursos de clase, que caracterizaron a los debates de antaño, son encubiertas por el lenguaje técnico y supuestamente neutral de los expertos nacionales e internacionales del patrimonio cultural del Centro Histórico (ver Kingman 2006, 2008). Pero los *intereses de clase* que sustentan este nuevo discurso entre lo ‘culto’ hegemónico y lo popular, no han cambiado significativamente en Quito en lo que va del Siglo XXI.

5 La misma actitud parece haber prevaecido más de un siglo después entre las vendedoras de objetos religiosos en la iglesia de San Francisco, quienes se vieron obligadas a modificar las especificaciones de sus puestos de trabajo diseñados y estandarizados por FONSAL. Según la vendedora María Mercedes Osorio, estos puestos no respondían a las necesidades del oficio, razón por la cual “han realizado una serie de adecuaciones y arreglos con el fin de presentar al público sus productos de una manera llamativa y con buen gusto”. (Citado en Barriga y Rueda 1997:29)

Cuadro 1  
La Cajonera



Acuarela de Joaquín Pinto, siglo XIX, en Samaniego, *Ecuador Pintoresco Acuarelas de Joaquín Pinto*, 1977.

Fotografía 7  
Doña Ana Claudio



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

Muchas de las cajoneras heredaron los puestos de sus madres. Obviamente, la combinación de ese fuerte sentimiento de identidad familiar, orgullo de clase, sentido común y espíritu de lucha por su supervivencia, han sido los atributos que han permitido a las cajoneras mantenerse en sus puestos de trabajo. Actualmente las cajoneras van desapareciendo, no por la violencia y el desalojo que sufren otras mujeres de la calle, sino por el desgaste de los años y también de la globalización que arrasa con los consumos tradicionales, los copia y estandariza en plástico 'Made in China' y los vende en los shopping malls.<sup>6</sup>

Las dos cajoneras que logramos entrevistar, a lo largo de unos años en el portal de Santo Domingo, reconocen la inevitabilidad de este proceso, ya que sus ganancias disminuyen día a día y ellas están, de todas maneras, en edad de retirarse. Ya no consideran que haya razón para que demuestren el

<sup>6</sup> Desde 2003, aproximadamente, ya es extremadamente difícil, por ejemplo, encontrar los tradicionales santos y vírgenes populares de madera y yeso. Son ahora, en su mayor parte, de fibra de vidrio y fabricados en China. Más y más los adornos de tortas de bodas, bautismos y quinceañeras, antes fabricados de azúcar, están siendo reemplazados por figuras de plástico.

mismo espíritu de lucha de sus madres y abuelas. Sin embargo, sus narrativas de vida revelan el mismo sentido de identidad familiar y el orgullo por la independencia de la 'tutela' masculina que les ha permitido su profesión. Así nos dice Judith Enríquez:

Fotografía 8  
Doña Judith Enríquez



Foto Blanca Muratorio.

Yo hago muñecas. Mi abuelita inventó las muñecas (aproximadamente en las últimas dos décadas del siglo XIX). Se llamaba Aurora Vargas, de descendencia Colombiana. Ella se separó del abuelito. Un día el abuelito le dijo: 'Pongamos mejor una licorería', pero ella no quería y él se fue a Manabí y no regresó más. Mi abuelita vivía entonces con una mujer que hacía muñecas y las vestía con papel. Mi abuelita encontró pedazos de tela y así con eso empezó a vestirlas.

Tenía una demanda tremenda de sus muñecas. Se murió de 100 años, hace ya 50 años. Mi mamá se llamaba Carmen Martínez y siguió haciendo muñecas y ahora soy yo la primerita. Algunas de las muñecas que hizo mi mamá están en el Banco Central. "Yo hago mis muñecas 'limpias' (de brujería). Otras hacen muñecas pero así no más porque son para maldades. Mi



hermana Zoila hace buenas muñecas y las vende a otras cajoneras. Mi hija también trabaja muy rápido haciendo muñecas. Cuando se dedica, la hija de mi ñaña también hace cosas bonitas: payasos, monjas, el niño Jesús, José, María, un gentío de muñecas. (Entrevista a Judith Enríquez, Quito 1999).

Fotografía 9  
Muñecos de trapo



Foto Blanca Muratorio.

Oigamos ahora el testimonio de identidad más reciente (2002, 2003 y 2007) de la otra cajonera, Doña Rosa Paredes:

Soy viuda, y soy cajonera desde 1976. Fui la última, con el número 16. En esa época todo el portal (de Santo Domingo) estaba completo y no había espacio ya que cada cajón mide aproximadamente tres metros. Le compré el cajón a una señora Jesusa que era la madre de la otra cajonera que ahora queda en este portal. Yo me jubilé de un trabajo anterior con una señora como ayuda de ventas en el mercado de Ipiales. Luego compré el cajón y vendía a toda clase de personas desde 'los de la hi hasta los indiecitos' (Entrevista a Doña Rosa Paredes. Quito, 2002, 2003 y 2007).

Antes se vendía mucho, especialmente las muñecas. Recuerdo que un señor Viteri compraba en grandes cantidades y a todas las cajoneras las muñecas. Incluso yo antes hacía las mías. Ahora vendo las muñecas que no son de mi agrado. Antes se hacían mejores pero hay una señora que todavía nos deja las muñecas. (Entrevista a Doña Rosa Paredes. Quito, 2002, 2003 y 2007).

Fotografía 10  
Muñecos de trapo



Foto Blanca Muratorio.

Fotografía 11  
Doña Rosa Paredes. 2002



Foto Blanca Muratorio.

Ahora no se vende lo que antes, las ventas no son buenas y el comercio ha bajado con la ciudad que se ha modernizado. Todas las mujeres se van afuera ahora. La hermana de esa cajonera (no identificada) se fue a España". (Entrevista Doña Rosa Paredes. Quito, 2002, 2003 y 2007).

Fotografía 12 y 13  
Doña Rosa Paredes. 2002



Foto Blanca Muratorio.

Fotografía 14  
Muñecas de trapo



Foto Blanca Muratorio, 2008.

Fotografía 15  
Muñecas de trapo



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

Fotografía 16  
Portal de Santo Domingo, 2003



Foto Blanca Muratorio.



Fotografía 17  
Doña Judith Enríquez



Foto Blanca Muratorio.

Por su parte, en 1999, la señora Judith recordaba así a sus colegas:

Antes había envidia entre cajoneras. Antes estaba la Mariana, la señora Rosario, la Marita, que se murió hace poco y la Alegría que murió después de la Marita. Donde es mi puesto ahora, había otra señora que vendía muñecas y las otras eran 'las copetonas' de apellido Galiano. Le decían 'las copetonas' porque se hacían unos moños. Sólo por 'las copetonas' las conocíamos. Una era Isabel Galiano y la Helena puso un bazar por El Inca. Dos más se han ido a poner un bazar. La de al lado mío, la Miche, tiene un bazar. Desde que había nacido era dueña del portal, pero hace como dos años que no viene por cuidar el bazar. En ese tiempo no teníamos gremio y los puestos los daba el Municipio. Había que pedir permisos con el récord policial. Pero antes se peleaban por los puestos, ahora ya no. Por eso, ahora, estos señores que dicen que organizan lo bonito no nos han molestado como a otras vendedoras. No molestan mucho. Estamos solitas (Entrevista a señora Judith. Quito, 1992).

A finales del siglo XIX y durante la mayor parte del siglo XX, para muchas mujeres, convertirse en cajoneras, significó una fuente de seguridad económica y ascenso social. Los testimonios de doña Judith y doña Rosa muestran la dignidad de un trabajo duro y respetable que ellas consideran como la 'decencia' de su clase. Es interesante señalar también aquí que, como otras mujeres en posiciones vulnerables, las cajoneras tienen recelo de ser acusadas de 'agentes de brujería' y su discurso de respetabilidad y decencia incluye el hecho de que, por tradición familiar, sus muñecas han permanecido siempre 'limpias' de tales acusaciones. Sin embargo, desde las últimas décadas del siglo XX, las cajoneras comienzan a abandonar su profesión para invertir sus ganancias en poner tiendas o bazares. Y en los últimos años, una de ellas al menos, como tantas otras mujeres de la clase popular, ha migrado al exterior con la ilusión de ascenso económico y social.

### Vendedoras de memorias

Las cajoneras son no sólo miembros de una clase popular con memorias alternativas sobre la economía, la decencia y el ornato urbano, sino también 'vendedoras' de memorias, de objetos que ahora evocan otras memorias al-

ternativas de sonidos, gustos e imágenes familiares en la niñez de muchos. Como nos cuenta en su historia la señora Judith Enríquez:

Antes en los cajones había collares legítimos que ya no se venden. Eran de corales. Antes también me acuerdo de las muñecas de aserrín, de los trompos, de unas pelotitas de agua y todo para los sastres: hilo de hilván, reglas, tambores y botones de toda clase. En los cajones de antes también había juguetes, balancitas, baldecitos de lata y cocinitas enteras como las nuestras (Entrevista a señora Judith. Quito, 1992).

A veces cuando la gente pasa dice: ¡Ah! ¡Qué lindo! Aquí mi mamá me compraba todos los juguetes ¡y todavía existe! Para recordar me voy a comprar esos juguetes. Esas muñecas eran las que me daban para Navidad. Lo que más recuerdan son los caballitos de madera, esos que tienen una sola tira... Sonaban bonito cuando los guaguas los arrastraban por las calles empedradas (Entrevista a señora Judith. Quito, 1992).

Fotografía 18

Cuando la gente pasa. Cajón de Doña Rosa Paredes



Foto Blanca Muratorio.

*El corcel de la memoria*

(Fotografías 19, 20, 21, 22, 23 y 24. Blanca Muratorio).







### Vendedoras de recuerdos

Según el testimonio de Doña Zoila Landeta, ella permanecía en su puesto, en 1997, sólo “para no dejar morir la tradición de las muñecas de trapo” (citado en Barriga y Rueda 1997: 26).

Fotografía 25  
Encuentro de muñecas



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

A través de esta historia, las muñecas de trapo se transforman en un símbolo del conflicto por el capital material y simbólico en los discursos de clase entre lo culto y lo popular. Para la élite, las muñecas de trapo simbolizan el Otro, no el Otro exótico lejano, sino el Otro pobre, tal vez demasiado familiar. Significan el supuesto y a veces temido ‘poco refinamiento’, el ‘mal gusto’, en fin como lo dicen, la ‘cachivachería’ de las clases populares. Por el contrario, para las mujeres de los cajones las muñecas son un objeto de

identidad y orgullo personal y familiar. Constituyen una trama de texturas y colores que las une a sus madres, abuelas y bisabuelas, en una línea casi ininterrumpida de creatividad femenina desplegada en sus cajones de trabajo para el placer, la alegría y las memorias suyas y de los otros.

Fotografía 26  
Doña Rosa antes de retirarse en 2010



Foto Erika Bedón.

Trabajo de lunes a sábado –dice Doña Rosa– desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde. A veces hace mucho frío en este portal y el trabajo es duro, sobretodo cuando se vende poco, pero aquí todavía estoy. Sólo cuando tengo alguna invitación no trabajo. (Entrevista a señora Rosa Paredes. Quito, 2007).

Al final del día, doña Rosa guarda su cajón, y las memorias que quedan, en una bodega frente a la plaza de Santo Domingo.

Fotografía 27  
Plaza de Santo Domingo



Foto Blanca Muratorio (Quito) 2000.

Retornando al objetivo que mencioné al comienzo (recoger las memorias alternativas de mujeres de la calle), quiero volver a la cita, con la cual comencé este trabajo, para reafirmar las ideas tanto de Alessandro Portelli (1997), como de Luisa Passerini (1985) que sostienen que todos y cada individuo tienen derecho a una autobiografía, a narrar y dar así significado a sus propias vidas y a sus memorias.

## Epílogo

Como nos ocurre frecuentemente a los científicos sociales, la realidad pone a prueba las nostálgicas y talvez precipitadas conclusiones sobre los sujetos de las culturas que, en el fondo, no queremos que desaparezcan; en este

caso específico, de las cajoneras. Es la mirada etnográfica más joven, de mi colega Erika Bedón, la que me ayuda a corregir mis nostalgias y la que da lugar a estas reflexiones finales.

La cultura popular del Centro Histórico y, en especial, la de sus mujeres comerciantes, sigue siendo particularmente resistente a ser absorbida por los cambios de la globalización económica y cultural. Las mujeres comerciantes están resignificando las tradiciones y readaptándose silenciosa, pero seguramente, a las políticas de la nueva administración municipal, que, poco a poco, parece revisar o eliminar las restricciones anteriores al uso popular del espacio público en el Centro Histórico.

Si bien es cierto que, en la actualidad, sólo quedan dos cajoneras hermanas con un sólo cajón en el Portal de Santo Domingo, y que la señora Rosa Paredes se ha retirado, ha aparecido una 'nueva forma de cajonera'.

Fotografía 28  
¿Las nuevas cajoneras?



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.



Fotografía 29  
¿Las nuevas cajoneras?



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

Hemos comprobado al menos la existencia de dos mujeres jóvenes que se turnan un cajón tradicional, para seguir vendiendo objetos de consumo popular como espejos, cordones de colores para zapatillas deportivas, cepillos, tinta y hasta controles remotos de televisión usados. En comparación con otros objetos que se venden en los almacenes, estos productos siguen considerándose más baratos y están al alcance de la gente en su recorrido cotidiano por ese sector de la ciudad. Estas jóvenes se han apropiado de un espacio público en la calle Sucre y Venezuela, donde generalmente colocan su cajón.

Fotografía 30  
Zaguanes, espacios compartidos



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

Pero, además, otros espacios de las calles del Centro Histórico que hace ocho años fueron 'limpiadas' de la supuesta 'contaminación' del comercio informal, van siendo re-ocupados por mujeres para trabajar y 'ganarse la vida'. Y como lo hacían, al menos desde el siglo XIX, estas mujeres comerciantes han retomado la venta de mercancías de uso popular en las puertas de los almacenes o de pequeños depósitos de venta. Así es el caso de Ema Vázquez, que vende los codiciados vestiditos bordados para el 'Niño Dios' a la puerta del depósito de huevos 'La Granja', o de otras comerciantes que venden en las puertas de los almacenes de electrodomésticos y varios portales del Centro Histórico (ver fotografías 29, 30).

Fotografía 31  
Zaguanes



Foto Erika Bedón (Quito) 2010.

Toda esta nueva evidencia, me hace, entonces, más cauta para no volver a caer en nostálgicas conclusiones sobre el futuro de la cultura popular. Pero, a la vez, todas estas nuevas vidas confirman, sin lugar a duda, la validez del objetivo –que mencioné al comienzo– de recoger las memorias alternativas de mujeres de la calle. Vuelvo entonces aquí a la cita, con la cual comencé este trabajo, para reafirmar las ideas que comparto con otros dos historiadores de la vida popular –Alessandro Portelli (1997) y Luisa Passerini (1985)– que sostienen que todos y cada individuo tienen derecho a una autobiografía, a narrar y dar así significado a sus propias vidas y a sus memorias.

## Bibliografía

- Al Día* (2008). “Quito, 5 años sin comerciantes en las calles” Periódico Urbano, 20 Mayo 2008.
- Barriga, Pablo y Rocío Rueda (1997) *El objeto callejero en la ciudad. Una aproximación histórica y estética. Taller de Estudios Históricos*. Quito: Ilustre Municipio de Quito, Museo de la Ciudad.
- Copiadores de Actas (1883-1884). N°. 557, AHM/Q.
- Copiadora de Actas (1898-1899). N°. 585. AHM/Q.
- Copiadora de Actas (1902): 523. AHM/Q.
- El Comercio* (2008). “Los informales protestan en las calles del centro de Guayaquil 22 de mayo 2008.
- Hoffenberg, H.L. (1982) *Nineteenth-Century South America in Photographs*. New York: Dover Publications.
- Kingman Garcés, Eduardo (2009) *El molinillo y los panaderos: cultura popular e historia industrial de Quito*. Quito: FONSA: TRAMA. 2009.
- Kingman, Eduardo y Llorenç Prats (2008). “El patrimonio, la construcción de las naciones y las políticas de exclusión: diálogo sobre la noción de patrimonio”. Quito: Centro-h, OLACCHI. Agosto 2008, N°. 01: 87.
- Kingman, Eduardo (2006). *La Ciudad y los Otros. Quito 1860’1940. Higiene, ornato y policía*. Quito: FLACSO-Universitat Rovira i Virgili.
- Kingman, Eduardo (1992). “Historia urbana: diversos enfoques”. En *Varios Enfoques y Estudios Históricos. Quito a Través de la Historia* Quito: Ilustre Municipio de Quito: 15-26.
- Kingman, Eduardo y Ana María Goetschel (1992). “Quito: Las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales”. En *Varios Enfoques y Estudios Históricos. Quito a Través de la Historia*. Quito: Ilustre Municipio de Quito: 153-162.
- Oficios y Solicitudes (1899). Mayo 17: 86, 87, 88. AHM/Q.
- \_\_\_\_\_ (1898-1899). Mayo 17: 88. AHM/Q.
- Passerini, Luisa (1985). *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*. Firenze: La Nuova Italia.

- Pink, Sarah (2004). *Home Truths. Gender, Domestic Objects and Everyday Life*. Oxford: Berg.
- Portelli, Alessandro (1997). *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Salgado, Mireya (2004). "Museos y Patrimonio: fracturando la estabilidad y la clausura". *ICONOS* 20: 73-81.
- \_\_\_\_\_ (2008). *El patrimonio cultural como narrativa totalizadora y técnica de gubernamentalidad*. Quito: Centro-h, OLACCHI. Agosto, 2008 N°. 01:13
- Samaniego Salazar, Filoteo (1977). *Ecuador Pintoresco Acuarelas de Joaquín Pinto*. Quito: Salvat Editores.
- Seremetakis, C. N (1994). *The Senses Still: Perception and Memory as Material Culture in Modernity*. Chicago: University of Chicago Press.